

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

APOCALIPSIS

JOHN MACARTHUR



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Revelation 1–11*, © 1999 por John MacArthur y publicado por The Moody Bible Institute of Chicago / Moody Press, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, Illinois 60610-3284.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Revelation 12–22*, © 2000 por John MacArthur y publicado por The Moody Bible Institute of Chicago / Moody Press, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, Illinois 60610-3284.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Apocalipsis*, © 2010 por John MacArthur y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

Traducción: Luis Bernal Lumpuy

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1803-7

1 2 3 4 5 edición / año 14 13 12 11 10

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

APOCALIPSIS
I—II

*D*edicatoria

A mi madre, Irene MacArthur,
que este año se unió al coro de los adoradores celestiales.

Contenido

Prólogo	9
Introducción	11
1. Hacia el futuro	23
2. Un avance de la Segunda Venida	37
3. La visión del Hijo glorificado	47
4. Éfeso: Cuando el amor se enfría	63
5. Esmirna: La iglesia sufriente	77
6. Pérgamo: La iglesia mundana	91
7. Tiatira: La iglesia que toleraba el pecado	103
8. Sardis: La iglesia muerta	117
9. Filadelfia: La iglesia fiel	127
10. Laodicea: La iglesia tibia	139
11. Un viaje al cielo	153
12. Una visión del cordero	169
13. El principio del fin: Los primeros cuatro sellos	181
14. Oraciones de venganza: El quinto sello	191
15. Temor de la ira venidera: El sexto sello	203
16. Sobrevivientes de la ira de Dios	215
17. Los santos de la tribulación	225
18. El séptimo sello	239
19. Destrucción divina de la ecología terrestre: Las primeras cuatro trompetas	247
20. El infierno en la tierra: La quinta trompeta	257
21. Matanza satánica: La sexta trompeta	269
22. Cuando Dios rompe su silencio	279
23. Dos testigos	293
24. La séptima trompeta	309
Bibliografía	325
Índice de palabras griegas	327
Índice temático	329

Prólogo

Sigue siendo para mí una provechosa experiencia espiritual el predicar de forma expositiva a través del Nuevo Testamento. Mi propósito es tener siempre una profunda comunión con el Señor en el conocimiento de su Palabra, y con esa experiencia explicarle a su pueblo lo que un pasaje significa. Como dice Nehemías 8:8, me esfuerzo por “[ponerle] el sentido” de modo que puedan verdaderamente oír a Dios hablar y, al hacerlo, le respondan.

Es obvio que el pueblo de Dios necesita comprenderlo, lo que exige conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y el permitir que esa Palabra more en abundancia en nosotros (Col. 3:16). La fuerza propulsora dominante de mi ministerio, por lo tanto, es contribuir a que la Palabra viva de Dios se avive en su pueblo. Es una aventura placentera.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja ese objetivo de explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son principalmente lingüísticos, otros son mayormente teológicos y algunos son principalmente homiléticos. Este es esencialmente explicativo o expositivo. No es técnico desde el punto de vista lingüístico, pero trata acerca de la lingüística cuando eso parece útil a la interpretación apropiada. No es teológicamente extensivo, sino que se concentra en las doctrinas principales en cada texto y en cómo se relacionan con toda la Biblia. No es primordialmente homilético, aunque cada unidad de pensamiento por lo general se trata como un capítulo, con un claro bosquejo y un flujo lógico de pensamiento. Casi todas las verdades se ilustran y aplican con otros pasajes. Después de establecer el contexto de un pasaje, he tratado de seguir fielmente el desarrollo y el razonamiento del escritor.

Mi oración es que cada lector comprenda plenamente lo que el Espíritu Santo dice a través de esta parte de su Palabra, de modo que su revelación pueda morar en la mente de los creyentes, dando como resultado una mayor obediencia y fidelidad, para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción

El que fuera primer ministro inglés Winston Churchill una vez describió a la antigua Unión Soviética como “un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma”. Muchos cristianos consideran el libro de Apocalipsis casi de la misma manera. Desconcertados por su místico simbolismo e impresionantes imágenes, muchos creyentes (entre ellos algunos pastores, que nunca predicán acerca de Apocalipsis) eluden el estudio serio del libro. Incluso Juan Calvino, el comentarista más importante de la Reforma, que escribió comentarios sobre los otros libros, no intentó escribir un comentario sobre Apocalipsis. Tal falta de visión priva a los creyentes de las bendiciones que el libro promete a quienes lo leen con diligencia (1:3; 22:7).

Los que pasan por alto Apocalipsis se privan del rico tesoro de la verdad divina. Apocalipsis ofrece una elevada perspectiva de la Palabra inspirada de Dios. Reclama por sí mismo la inspiración divina (1:2), y se ha calculado que doscientos setenta y ocho de sus cuatrocientos cuatro versículos aluden a pasajes inspirados del Antiguo Testamento. Apocalipsis revela a Dios el Padre en toda su gloria y majestad, describiéndolo como santo (4:8), verdadero (6:10), omnipotente (4:11), sabio (7:12), soberano (4:11) y eterno (4:10). Apocalipsis ofrece detalles de las profundidades de la depravación humana. A pesar de sufrir el último derramamiento de la devastadora ira y del juicio de Dios sobre la humanidad pecadora, las personas endurecerán su corazón (como lo hizo Faraón antes que ellas; 1 S. 6:6) y no querrán arrepentirse (9:20-21; 16:9, 11). Las Escrituras no tienen un resumen más claro de la doctrina de la redención que el de Apocalipsis 1:5, que declara que “Jesucristo... nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre”. También el ministerio de los ángeles figura de forma destacada en Apocalipsis, que contiene una de cada cuatro referencias a los ángeles en las Escrituras. Apocalipsis advierte a la iglesia de los peligros del pecado y de entrar en arreglos con el mundo (caps. 2-3), y le enseña cómo adorar correctamente a Dios (caps. 4-5).

Algunos que estudian Apocalipsis lo hacen en busca de evidencia que respalde sus propias opiniones escatológicas (muchas veces extravagantes o sensacionales). Pero fracasan al hacerlo así. Apocalipsis es una rica fuente de verdad sobre la

escatología; en realidad, contiene más detalles sobre los postreros tiempos que cualquier otro libro de la Biblia. Apocalipsis describe la victoria final de Cristo sobre Satanás, reseña el establecimiento político del postrer sistema del mundo y relata la carrera del más poderoso dictador en la historia humana, el último anticristo. También menciona el arrebatamiento de la iglesia (3:10), y describe el tiempo de siete años de la tribulación, entre ellos los tres años y medio de la gran tribulación (7:14; cp. Mt. 24:21), la segunda venida de Cristo, la batalla culminante de la historia humana (Armagedón), los mil años del reino terrenal de Jesucristo, el juicio final de los pecadores no arrepentidos (el juicio ante el gran trono blanco), y el estado final de los malvados en el infierno (el lago de fuego) y de los redimidos en el cielo nuevo y la tierra nueva.

Pero el libro de Apocalipsis es sobre todo la “revelación de Jesucristo” (1:1). Lo describe con muchos títulos, entre ellos “el testigo fiel” (1:5); “el primogénito de los muertos” (1:5); “el soberano de los reyes de la tierra” (1:5); “el Alfa y la Omega” (1:8; 21:6); “el primero y el postrero” (1:17); “el que vivo” (1:18); “el que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro” (2:1); “el que tiene la espada aguda de dos filos” (2:12); “el Hijo de Dios” (2:18); el “que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido” (2:18); el “que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas” (3:1); “el Santo, el Verdadero” (3:7); “el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre” (3:7); “el Amén, el testigo fiel y verdadero” (3:14); “el principio de la creación de Dios” (3:14); “el León de la tribu de Judá” (5:5); “la raíz de David” (5:5); el Cordero de Dios (p. ej. 5:6; 6:1; 7:9-10; 8:1; 12:11; 13:8; 14:1; 15:3; 17:14; 19:7; 21:9; 22:1); el “Señor, santo y verdadero” (6:10); el llamado “Fiel y Verdadero” (19:11); “la Palabra de Dios” (19:13); el “Rey de reyes y Señor de señores” (19:16); Cristo (Mesías), reinando en la tierra con sus santos glorificados (20:6); y “Jesús... la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana” (22:16).

Apocalipsis también afirma la plena deidad de Jesucristo. Él posee los atributos y prerrogativas de Dios, que incluyen soberanía (1:5), eternidad (1:17-18), el derecho de juzgar a los hombres (19:11) y el decidir quién vive y quien muere (1:18; 2:23). Él también recibe adoración (5:13) y reina desde el trono de Dios (22:1, 3). Por último, Apocalipsis afirma su igualdad de esencia con Dios el Padre al aplicar a Jesucristo los pasajes del Antiguo Testamento que describen a Dios (cp. Dt. 10:17 con 19:16; Pr. 3:12 con 3:19; Dn. 7:9 con 1:14; Is. 44:6 con 1:17; también cp. 1:8 con 22:12-13).

Lejos de ser el libro misterioso e incomprensible que muchos piensan que es, el propósito de Apocalipsis es revelar la verdad, no ocultarla. El hecho es evidente al leer en el primer versículo, “La revelación de Jesucristo”, sobre todo en la gloria de su Segunda Venida. *Apokalupsis* (“Apocalipsis”) pudiera traducirse “un descubrimiento”, “una revelación” o “una manifestación”. Se emplea en el Nuevo

Testamento para referirse a la revelación de la verdad espiritual (Ro. 16:25; Gá. 1:12; Ef. 1:17; 3:3), la manifestación de los hijos de Dios (Ro. 8:19), y de la manifestación de Cristo tanto en la primera (Lc. 2:32) como en la segunda (2 Ts. 1:7; 1 P. 1:7) venida. En cada caso, *apokalupsis* describe algo (o a alguien) que antes estaba oculto, pero ahora se hace visible. Apocalipsis revela verdades acerca de Jesucristo y pone en claro características de la verdad profética de la que solo hay referencia indirecta en el Antiguo Testamento y otros libros del Nuevo Testamento. Esta claridad se opaca muchas veces por un rechazo de los principios de la interpretación literal en favor de un método hermenéutico alegórico o espiritualizado. Tal enfoque trata de poner el relato de Apocalipsis en el pasado y en el presente, en vez de ponerlo en el futuro. Pero una vez que se rechaza el sentido del texto, el intérprete queda a su propia imaginación y las verdades de este libro se pierden en un laberinto de las invenciones humanas sin autenticidad alguna. Vea un análisis adicional sobre este asunto más adelante bajo Interpretación.

AUTOR

Cuatro veces en Apocalipsis el autor se identifica como Juan (1:1, 4, 9; 22:8). La iglesia primitiva (hasta el siglo III) afirmó unánimemente que era Juan el hijo de Zebedeo, uno de los doce apóstoles y autor del cuarto Evangelio y las epístolas de Juan.

Escribiendo a principios del siglo II (posiblemente alrededor de 135 d.C.) Justino Mártir declaró: “Hubo un cierto hombre con nosotros, cuyo nombre era Juan, uno de los apóstoles de Cristo, quien profetizó, por una revelación que le fue dada, que los que creyeron en nuestro Cristo morarían mil años en Jerusalén; y que de allí en adelante tendría lugar la resurrección general y eterna y el juicio de todos los hombres” (*Diálogo con Trifón*, cap. 81). Como Justino vivió durante algún tiempo en Éfeso, una de las siete iglesias a las que se dirige Apocalipsis, su testimonio es muy importante.

Más o menos del mismo tiempo que Justino (c. 100-150 d.C.) es el escrito gnóstico conocido como el apócrifo de Juan. Ese documento cita Apocalipsis 1:19 y lo atribuye a Juan el hermano de Jacobo e hijo de Zebedeo (Robert H. Mounce, *The Book of Revelation, The New International Commentary on the New Testament* [El libro de Apocalipsis, El Nuevo Comentario Internacional sobre el Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1977], 28).

Otra confirmación del siglo II de que el apóstol Juan escribió Apocalipsis viene de Ireneo, quien introdujo una serie de citas del Apocalipsis con la declaración “también Juan, el discípulo del Señor, cuando presenciaba el sacerdotal y glorioso advenimiento de su reino, dice en el Apocalipsis” (*Against Heresies*, [Contra las herejías] 4.20.11). Más adelante en esa misma obra añadió: “Y si alguno dedica

especial atención a esas cosas que están indicadas por los profetas respecto al tiempo del fin, y las que Juan el discípulo del Señor vio en el Apocalipsis, hallará que las naciones van a recibir las mismas plagas de forma universal, que las que recibió Egipto de forma particular” (*Against Heresies*, [Contra las herejías] 4.30.4). El testimonio de Ireneo es valioso porque él era oriundo de Esmirna, otra de las siete iglesias a las que Juan dirigió Apocalipsis. Además, cuando era niño, Ireneo había sido discípulo de Policarpo, que a su vez había sido discípulo del apóstol Juan.

Escribiendo también en el siglo II, Clemente de Alejandría observó que fue Juan el apóstol que había estado desterrado en Patmos (*Who Is the Rich Man That Shall Be Saved?* [¿Qué rico se salvará?], 42). Es obvio que era el Juan que había sido desterrado a Patmos el que escribió Apocalipsis (1:9).

Escribiendo a fines del siglo II o a principios del siglo III, Tertuliano declaró: “Pero sí confesamos que se nos ha prometido un reino en la tierra, aunque antes del cielo, solo en otro estado de existencia; en vista de que será después de la resurrección por mil años en la divinamente construida ciudad de Jerusalén, ‘la cual descende del cielo’, a la cual el apóstol también llama ‘nuestra madre de arriba’; [cp. Gá. 4:26]... De esto Ezequiel tuvo conocimiento y el apóstol Juan la contempló [cp. Ap. 21:2]” (*Against Marcion* [Contra Marción], 3.24).

Otro testimonio de la paternidad literaria del apóstol Juan del Apocalipsis viene de Orígenes (*De Principiis*, 1.2.10; cp. 1.2.7), Hipólito (*Treatise on Christ and Antichrist*, [Tratado sobre Cristo y el anticristo] 36), y Victorino, autor de un comentario sobre el Apocalipsis del siglo III (en su comentario sobre Apocalipsis 10:3).

El fuerte y firme testimonio de la paternidad literaria del apóstol Juan confirma los reclamos propios del libro (1:1, 4, 9; 22:8) y no puede echarse a un lado fácilmente. El testimonio de Justino y de Ireneo es muy importante, ya que vivieron en Éfeso y en Esmirna cuando algunos de los lectores originales de Apocalipsis aun habrían estado vivos. Es inconcebible que la iglesia pudiera haber estado equivocada con relación a quién escribió el Apocalipsis prácticamente desde el tiempo en el que se escribió.

No fue hasta la segunda mitad del siglo III que Dionisio, el obispo (pastor) de la iglesia de Alejandría, pusiera en duda la paternidad literaria de Juan el apóstol del libro de Apocalipsis. Preocupado porque algunos estaban enseñando que habría un literal milenio terrenal (lo cual él rechazaba), Dionisio intentó desacreditar tal enseñanza al negar que Juan escribiera Apocalipsis. (Como Dionisio aceptaba Apocalipsis como inspirado y parte del *canon* bíblico, no está claro lo que esperaba obtener al negar que el apóstol Juan era su autor.) Sus argumentos contra la paternidad apostólica radicaba primordialmente en la diferencia en estilo y vocabulario entre el Evangelio según San Juan y las epístolas juaninas (que Dionisio creía que las había escrito Juan el apóstol) y Apocalipsis.

Esos argumentos son los mismos que usan hoy los que niegan que el apóstol Juan escribiera Apocalipsis (vea el análisis de este punto más adelante). En cuanto a quién escribió Apocalipsis, Dionisio solo pudo especular que hubo dos Juanes en Éfeso cuando se escribió Apocalipsis. Sin embargo, todo lo que pudo ofrecer para apoyar esa hipótesis fue el testimonio de rumores de que “ellos dicen de que hay dos monumentos [sepulcros] en Éfeso, y que cada uno lleva el nombre de Juan” (citado en Eusebio, *Ecclesiastical History*, [Historia eclesiástica] 7.25). Donald Guthrie comenta:

La proposición alternativa de Dionisio no inspira confianza, ya que su “segundo Juan” tiene un testimonio de existencia notablemente frágil. Es extraño que un estudioso como Dionisio haya dado crédito a historias de viajeros acerca de dos sepulcros de Juan en Éfeso, sin abrigar la idea de la posibilidad de que el sepulcro rival pudiera deberse a algún oportunista local, detrás de la norma de la extraordinaria multiplicación de reliquias en la historia subsiguiente. En todo caso, la deducción de Dionisio de que habrían existido dos Juanes es una interpretación de la historia que parece haberse extraído de ese dilema crucial. Si Juan el apóstol no fue el escritor, debieron haber dos Juanes en Éfeso y la historia pudiera, por lo tanto, haberse creado para que sirviera de apoyo a esa idea. Con eso Dionisio vislumbró, como hombre adelantado a su tiempo, esas modernas escuelas de la crítica que han poblado la historia primitiva del cristianismo con todo un ejército de escritores desconocidos, cuyas obras tuvieron tan poca importancia como sus autores. (*New Testament Introduction*, [Introducción al Nuevo Testamento], edición revisada. [Downers Grove, Ill: InterVarsity, 1990], 934-35)

Valiéndose de la teoría de Dionisio de que un Juan que no fue el apóstol escribió Apocalipsis, el historiador de la iglesia Eusebio publicó la tesis de que Apocalipsis fue en realidad escrito por un “Juan el anciano” (*Ecclesiastical History*, [Historia eclesiástica] 3.39). La existencia de tal sombría figura radica por completo en una afirmación muy disputada y que atribuye Eusebio a Papías, quien, como Policarpo, fue discípulo del apóstol Juan. Eusebio cita a Papías como que dijo: “Si llegaba alguien que había estado con los ancianos, le preguntaba con detalles sobre sus enseñanzas, lo que Andrés o Pedro dijeron, o lo que dijo Felipe, o Tomás, o Jacobo, o Juan, o Mateo, o cualquiera de los demás discípulos del Señor: cuáles cosas Aristión y el presbítero [anciano] Juan, los discípulos del Señor, dicen” (*Exposition of the Oracles of the Lord*, [Exposición de los oráculos del Señor] 1).

Sin embargo, es dudoso que Papías tuviera en mente a dos Juanes. Vuelve a mencionar a Juan con Aristión porque ellos aun estaban vivos (como lo indica el

verbo en tiempo presente “dicen”). Repite la palabra “presbítero” antes de mencionar otra vez a Juan a fin de mostrar que se está refiriendo al Juan que había descrito anteriormente como observa uno de los ancianos [presbíteros].
R. C. H. Lenski:

En la segunda mención de Juan, Papías cuidadosamente repite la frase “el presbítero Juan” para mostrar más allá de cualquier duda que tenía en mente al Juan relacionado entre los siete a quienes acaba de llamar “los presbíteros”; porque si en este segundo caso hubiera escrito solamente “Juan”, el lector pudiera tomarlo como un Juan diferente del mencionado en la lista de los siete llamados “los presbíteros”. Papías se asegura de que pensemos en el mismo Juan cuando “se menciona al presbítero Juan”, uno de los siete presbíteros que acababa de mencionar. (*The Interpretation of St. John's Apocalypse* [La interpretación del Apocalipsis de Juan] [Minneapolis: Augsburg, 1943], 9)

Aun cuando pudiera probarse que Papías hablara de dos Juanes, eso no probaría que “Juan el anciano” escribió Apocalipsis. Es improbable que dos hombres tan destacados llamados Juan vivieran en Éfeso al mismo tiempo. Más allá de toda especulación, el escritor de Apocalipsis sencillamente se identifica como “Juan”, implicando que era tan conocido para sus lectores que no era necesaria ninguna identificación adicional. Tampoco es probable que la iglesia se equivocara prácticamente desde el tiempo en el que se escribió Apocalipsis con relación a su autor. Justino Mártir e Ireneo, como se observó antes, pudieron haber conocido a algunos de los lectores originales de Apocalipsis, haciendo muy improbable tal caso de equivocación en la identidad del autor.

Las diferencias en estilo entre Apocalipsis y los otros escritos inspirados de Juan que menciona Dionisio aún conforman los principales argumentos de los que niegan que el apóstol escribiera Apocalipsis. Aunque hay esas diferencias, como la naturaleza del material es tan diferente, no son tan importantes como para probar que el apóstol Juan no pudo haber escrito Apocalipsis. Algunas de esas discrepancias pueden también explicarse, como se observó antes, por el diferente lenguaje literario de Apocalipsis. Y también es posible que Juan usara a un amanuense (secretario) cuando escribió el Evangelio y las epístolas (como hizo Pablo; Ro. 16:22), algo que no podía haber hecho mientras escribió Apocalipsis en el destierro en Patmos.

A pesar de las diferencias, hay notables paralelos entre Apocalipsis y los otros escritos del apóstol Juan. Solamente el Evangelio según San Juan y Apocalipsis se refieren a Cristo como el Verbo (Jn. 1:1; Ap. 19:13). En varias ocasiones Apocalipsis describe a Cristo como el Cordero; un título que solo se encuentra, además de aquí, en el Evangelio según San Juan. Tanto el Evangelio según San Juan como

Apocalipsis se refieren a Jesucristo como testigo (Jn. 5:31-32; Ap. 1:5). Apocalipsis 1:7 y Juan 19:37 citan a Zacarías 12:10 de manera diferente de la Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento) pero de acuerdo entre sí. (Para ejemplos adicionales de las similitudes entre Apocalipsis y los otros escritos de Juan, vea Robert L. Thomas, *Apocalypse 1-7, An Exegetical Commentary* [Apocalipsis 1-7, Un comentario exegético] [Chicago: Moody, 1992], 11ss; Henry Barclay Swete, *Commentary on Apocalypse* [Comentario sobre Apocalipsis] [Reimpreso; Grand Rapids: Kregel, 1977], cxxvi-cxxx; Leon Morris, *The Apocalypse of St. John* [El Apocalipsis de San Juan], *The Tyndale New Testament Commentaries* [Grand Rapids: Eerdmans, 1969], 30.) Al comentar las similitudes entre Apocalipsis y los otros escritos de Juan, Guthrie escribe: “Debe observarse, entre paréntesis, que a pesar de las diferencias lingüísticas y gramaticales, el Apocalipsis tiene más afinidad con el griego de los otros libros juaninos que cualquier otro libro del Nuevo Testamento” (*New Testament Introduction* [Introducción al Nuevo Testamento], 940).

Los argumentos de algunos críticos antiguos y modernos pasan por alto la opinión tradicional de que el apóstol Juan fue el Juan identificado como el autor inspirado de Apocalipsis, y que esto se ajusta mejor a las evidencias. El fuerte testimonio de la iglesia casi desde el tiempo en el que se escribió Apocalipsis, las similitudes entre Apocalipsis y los otros escritos de Juan, la ausencia de algún autor alternativo creíble, y lo improbable que dos hombres destacados llamados Juan vivieran al mismo tiempo en Éfeso, son argumentos convincentes para la paternidad apostólica.

Las circunstancias bajo las cuales Juan escribió Apocalipsis se analizan en el capítulo 3 de este volumen. Las siete iglesias, a las que el apóstol dirigió el libro, se describen en detalles en los capítulos 4-10.

FECHA

Las dos opciones principales que se han propuesto como fechas para Apocalipsis son: durante la dominación de Nerón (c. 68 d.C.), o la de Domiciano (c. 96 d.C.). La fecha más temprana la sostienen fundamentalmente los que adoptan la interpretación preterista de Apocalipsis (vea *Interpretación* más adelante). Esta se basa mayormente en la cuestionable exégesis de varios pasajes en el libro, e intenta relegar su cumplimiento profético totalmente al período antes de la destrucción de Jerusalén en 70 d.C. Los que sostienen la fecha más temprana ven en la destrucción de Jerusalén la profetizada segunda venida de Jesucristo en su primera fase. Apenas hay evidencia externa para la fecha neroniana.

Por otra parte, la iglesia primitiva sostuvo ampliamente la opinión de que el apóstol Juan escribió Apocalipsis casi al final del Imperio de Domiciano. Ireneo, el padre de la iglesia del siglo II, escribió: “Sin embargo, no correremos el riesgo

de pronunciar afirmativamente en lo que respecta al nombre del anticristo; porque si hubiera sido necesario que su nombre se revelara claramente en este tiempo presente, hubiera sido anunciado por aquel que contempló la visión apocalíptica [el libro de Apocalipsis]. Porque no hace tanto tiempo de que fue vista, sino casi en nuestro tiempo, hacia el fin del Imperio de Domiciano” (*Against Heresies*, [Contra las herejías] 5.30.3). Los padres de la iglesia Clemente de Alejandría, Orígenes, Victorino, Eusebio y Jerónimo también afirman que se escribió Apocalipsis durante el Imperio de Domiciano (cp. Mounce, *Apocalypse* [Apocalipsis], 32; Swete, *Commentary on Apocalypse* [Comentario sobre Apocalipsis], xcix-c). El testimonio de la iglesia primitiva de que se escribió Apocalipsis durante el reinado de Domiciano es difícil de explicar si realmente se escribió durante la dominación de Nerón.

Se escribió Apocalipsis durante un tiempo en el que la iglesia estaba sufriendo persecución. Juan había sido desterrado a Patmos; al menos un creyente ya había sufrido martirio (2:13), y en el horizonte se avecinaba más persecución (2:10). La extensión de la persecución bajo Domiciano parece haber alcanzado mayores proporciones que bajo Nerón, que mayormente estuvo confinada a la ciudad de Roma. De modo que la persecución de los cristianos mencionada en Apocalipsis se ajusta mejor a la fecha del Imperio de Domiciano.

La condición de las siete iglesias a las que Juan dirigió Apocalipsis también ofrece argumentos a favor de una fecha posterior. Como se ve en Efesios, Colosenses, y 1 y 2 Timoteo, esas iglesias estaban espiritualmente saludables a mediados de los años sesenta, cuando Pablo por última vez predicó en aquella región. Sin embargo, para el tiempo que se escribió Apocalipsis, esas iglesias habían sufrido una seria decadencia espiritual. Éfeso había abandonado su primer amor, y muchas de las restantes habían sufrido la intromisión de falsas doctrinas y pecado. Tal decadencia debió producirse en un período de tiempo más largo que la breve etapa entre el final del ministerio de Pablo en Asia Menor y el fin del dominio de Nerón. De la misma manera, algunos han afirmado que la falta de mención alguna de Pablo en las cartas a las siete iglesias, implica un intervalo de al menos una generación entre su muerte y la redacción de Apocalipsis (Guthrie, *New Testament Introduction* [Introducción al Nuevo Testamento], 954 n. 1).

En ninguna parte Pablo menciona la secta hereje conocida como los nicolaítas que atormentaron las iglesias de Éfeso y Pérgamo (2:6, 15). Sin embargo, para el tiempo en el que se escribió Apocalipsis la secta era tan notoria que Juan simplemente pudo mencionarla. Es evidente que los nicolaítas eran tan bien conocidos para sus lectores que ninguna descripción era necesaria. Esto una vez más denota un gran lapso de tiempo entre Pablo y la fecha en la que se escribió Apocalipsis.

Laodicea, una de las siete iglesias, fue devastada por un terremoto alrededor de 60 d.C. Durante el resto del reinado de Nerón, la ciudad participó en la reconstrucción, y difícilmente pudiera haberse considerado “rica... enriquecida”

y de no tener necesidad “de ninguna cosa” (3:17). Una fecha durante el reinado de Domiciano daría tiempo para que Laodicea recuperara su riqueza.

Hay evidencia de que la iglesia en Esmirna no se fundó, sino hasta después de la muerte de Pablo (alrededor del 67 d.C. [Guthrie, *New Testament Introduction* [Introducción al Nuevo Testamento], 954]). Difícilmente habría comenzado, llegado a la madurez y decaído en un breve intervalo entre la muerte del apóstol y el fin del dominio de Nerón casi al mismo tiempo.

Una razón final para preferir la fecha más tardía (95-96 d.C.) para Apocalipsis es el tiempo de la llegada de Juan al Asia Menor. Según la tradición, Juan no salió de Palestina hacia Asia Menor hasta la época de la revuelta judía contra Roma (66-70 d.C.) Ubicar el escrito de Apocalipsis durante Nerón no daría tiempo suficiente para que el ministerio de Juan llegara a un punto en el que los romanos hayan sentido la necesidad de desterrarlo (Thomas, *Apocalypse 1-7* [Apocalipsis 1-7], 22). G. R. Beasley-Murray observa que:

El exilio de Juan como predicador cristiano... refleja una política de hostilidad activa por parte del estado hacia la Iglesia. No puede mostrarse que tales medidas legales se tomaran por parte del estado en contra de los cristianos antes de los últimos años de Domiciano. Apocalipsis refleja una situación en la que el culto al emperador era una fuerza contemporánea y se proponía como algo mundial. La persecución de Nerón nada tuvo que ver con este asunto. (*The Book of Apocalypse*, The New Century Bible [El libro de Apocalipsis, La Biblia del Nuevo Siglo] [Londres: Oliphants, 1974], 38)

El peso de la evidencia favorece claramente la fecha de la redacción de Apocalipsis a mediados de los noventa, casi al fin del Imperio de Domiciano. Esto es de importancia fundamental, porque elimina la posibilidad de que las profecías en Apocalipsis se cumplieran en la destrucción de Jerusalén en 70 d.C.

INTERPRETACIÓN

Las imágenes pintorescas de Apocalipsis, sus símbolos misteriosos y su lenguaje apocalíptico lo hacen uno de los libros más difíciles de interpretar en las Escrituras. Hay cuatro métodos fundamentales de interpretación para el libro.

El método preterista ve a Apocalipsis no como una profecía futura, sino como un registro histórico de sucesos en el Imperio Romano del primer siglo. El punto de vista preterista pasa por alto de esa manera los reclamos del libro mismo de que es una profecía (1:3; 22:7, 10, 18-19). No todos los acontecimientos profetizados y descritos en Apocalipsis se cumplieron en el primer siglo. La segunda venida de Cristo descrita en el capítulo 19 es obvio que está por ocurrir.

Pero el punto de vista preterista requiere que uno vea las palabras acerca de la segunda venida de Cristo como cumplidas en la destrucción del templo en el 70 d.C., aunque no apareció en esa oportunidad. Tampoco hay ninguna persecución en el primer siglo que se ajuste a la descripción de los horrendos acontecimientos mencionados en los capítulos 6-19.

El método historicista encuentra en Apocalipsis un registro de la historia de la Iglesia desde los tiempos de los apóstoles hasta el presente. Los intérpretes historicistas a veces recurren a la alegorización del texto a fin de hallar en él los varios acontecimientos históricos que creen que el texto describe (p. ej. la caída de Roma ante los bárbaros, el surgimiento de la Iglesia Católica Romana, la llegada del Islam, incluso la Revolución Francesa). No es sorprendente que tal método subjetivo y arbitrario haya dado origen a un gran número de interpretaciones conflictivas de los reales acontecimientos históricos en Apocalipsis. Como el método preterista, el historicista pasa por alto los propios reclamos de Apocalipsis de ser una profecía. También priva al libro de cualquier significado para aquellos creyentes del primer siglo a quienes estaba dirigido. Y elimina la interpretación de Apocalipsis del dominio de la hermenéutica literal e histórica, dejándola a merced de significados alegóricos y espiritualizados inventados por cada uno de los que interpretan.

El método idealista ve descrita en Apocalipsis la batalla sin fin entre el bien y el mal que tiene lugar en cada etapa. Según esta opinión, Apocalipsis no es un registro histórico ni una profecía. Como los dos primeros puntos de vista, el idealista pasa por alto el reclamo de Apocalipsis de ser una profecía. Además, si se lleva a su conclusión lógica, separa a Apocalipsis de cualquier relación con los acontecimientos históricos actuales. El libro se reduce de esta manera a una colección de mitos ideados para comunicar la verdad espiritual.

El método futurista ve en los capítulos 4-22 predicciones de personas y acontecimientos aún por venir en el futuro. Solo este enfoque permite que se interprete Apocalipsis siguiendo el mismo método hermenéutico gramatical e histórico por el cual se interpretan las porciones de la Biblia que no son proféticas. Como se ha observado antes, quienes proponen los otros tres métodos se ven a veces obligados a recurrir a alegorizaciones o espiritualizaciones del texto para sostener sus interpretaciones. El método futurista, a diferencia de los otros tres, reconoce plenamente el reclamo de Apocalipsis de ser una profecía. El método futurista se critica a menudo por robar a Apocalipsis de cualquier significado para aquellos a quienes se escribió, ya que ve el libro describiendo en buena medida sucesos en el futuro lejano. En respuesta a esto Juan F. Walvoord observa:

Gran parte de la profecía de la Biblia tiene que ver con el futuro lejano, incluso las promesas del Antiguo Testamento del Mesías venidero, las profecías de Daniel respecto a los futuros imperios mundiales, toda la

verdad relacionada con el reino venidero en la tierra, así como otras incontables profecías. Si los sucesos de los capítulos 4 al 19 son futuros, incluso desde nuestro punto de vista hoy, enseñan la bendita verdad de la supremacía final de Dios y el triunfo de los rectos. La aplicación inmediata de sucesos distantes es algo normal en las Escrituras, como por ejemplo 2 Pedro 3:10-12, que habla de la postrera disolución de la tierra; no obstante el pasaje que le sucede hace una aplicación inmediata: “Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia...” (2 P. 3:14). (*The Revelation of Jesus Christ* [La revelación de Jesucristo] [Chicago: Moody, 1966], 22)

Algún método que no sea el futurista deja el significado del libro a la ingeniosidad y a la opinión humanas. El método futurista toma el significado del libro como Dios lo dio. Al estudiar Apocalipsis, tomaremos este sencillo punto de vista y aceptaremos lo que el texto dice. Es casi imposible considerar todas las opciones de interpretación que ofrecen las personas que sostienen los otros tres puntos de vista, así que no trataremos de adentrarnos en ese laberinto de opciones. Más bien, tomaremos el libro tal y como lo tenemos en su estilo normal de lenguaje.

BOSQUEJO

- I. Las cosas que has visto (1:1-20)
 - A. Prólogo (1:1-8)
 - B. La visión del Cristo glorificado (1:9-18)
 - C. Juan recibe la encomienda de escribir (1:19-20)

- II. Las cosas que son (2:1–3:22)
 - A. La carta a la iglesia en Éfeso (2:1-7)
 - B. La carta a la iglesia en Esmirna (2:8-11)
 - C. La carta a la iglesia en Pérgamo (2:12-17)
 - D. La carta a la iglesia en Tiatira (2:18-29)
 - E. La carta a la iglesia en Sardis (3:1-6)
 - F. La carta a la iglesia en Filadelfia (3:7-13)
 - G. La carta a la iglesia en Laodicea (3:14-22)

- III. Las cosas que ocurrirán después de esto (4:1–22:21)
 - A. Adoración ante el trono celestial de Dios (4:1–5:14)
 - B. La tribulación (6:1–18:24)
 - C. La segunda venida del Señor Jesucristo (19:1-21)
 - D. El milenio (20:1-10)
 - E. El juicio ante el gran trono blanco (20:11-15)
 - F. La condición eterna (21:1–22:21)

Hacia el futuro

1

La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca. Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. (1:1-6)

Muchos se fascinan y hasta se obsesionan con el futuro. Leen fielmente los horóscopos, buscan a los lectores de las cartas Tarot, dejan que lean la palma de sus manos, se alimentan de materiales futuristas de ciencia ficción o llaman a una de las muchas “líneas directas de los psíquicos” que se anuncian en la televisión. Algunas personas investigan más a fondo el ocultismo, buscando a médiums (como hizo el rey Saúl), intentando inútil y pecaminosamente obtener información sobre lo porvenir al “[consultar] a los muertos por los vivos” (Is. 8:19). Los muertos no pueden, desde luego, responder a tales esfuerzos de comunicación, pero los demonios sí, enmascarados como el muerto y propagando mentiras.

Sin embargo, todos estos intentos por conocer el futuro son en vano. Solo hay uno que conoce y declara el futuro: Dios (Is. 44:7; 45:21; 46:9-10). Solo en las Escrituras puede encontrarse la verdad acerca del futuro. Los profetas del Antiguo Testamento, particularmente Isaías, Ezequiel, Daniel y Zacarías, proporcionaron vistazos del futuro. Así lo hizo nuestro Señor en su discurso del Monte de los Olivos, junto con Pedro y Pablo en sus escritos inspirados. Pero el libro de Apocalipsis proporciona la mirada más detallada en el futuro en toda la Biblia. El capítulo final de la revelación de Dios al hombre en la

Biblia, el libro de Apocalipsis, revela la historia futura del mundo, hasta la culminación de la historia en la venida de Cristo y el establecimiento de su reino glorioso, terrenal y eterno.

A modo de introducción, Juan relaciona once características de su maravilloso libro: su naturaleza esencial, tema central, origen divino, destinatarios humanos, carácter profético, entrega sobrenatural, autor humano, bendición prometida, urgencia apremiante, bendición trinitaria, y sublime doxología.

SU NATURALEZA ESENCIAL

La revelación (1:1a)

Estas dos palabras son esenciales para entender este libro. Muchos se confunden con el libro de Apocalipsis, porque lo ven como un misterio extravagante e indescifrable. Pero nada pudiera estar más lejos de la verdad. Lejos de esconder la verdad, el libro de Apocalipsis la revela. Este es el último capítulo en la historia de Dios de la redención. Nos dice como termina todo. Como el relato del principio de la creación no fue vago o impreciso, sino claro, así Dios ha dado un registro detallado y claro del final. Es impensable creer que Dios hablaría con precisión y claridad desde Génesis hasta Judas, y luego cuando se trata del final abandonara toda precisión y claridad. Sin embargo, muchos teólogos hoy día piensan que Apocalipsis no es el relato preciso del fin, a pesar de lo que dice. También están convencidos de que sus misterios son tan vagos que el fin queda confuso. Como veremos en este comentario, ese es un serio error que priva a la epopeya de la redención de su culminación como Dios la dio.

Apokalupsis (**revelación**) aparece dieciocho veces en el Nuevo Testamento, siempre, cuando se usa para una persona, con el significado de “hacerse visible”. En Lucas 2:32, Simeón alabó a Dios por el niño Jesús, describiéndolo como “Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel”. Simeón se regocijó porque el Mesías se había hecho visible a los hombres. Pablo habló en Romanos 8:19 de la manifiesta transformación de los creyentes en gloria como “la manifestación de los hijos de Dios”. Tanto Pablo (1 Co. 1:7) como Pedro (1 P. 1:7) emplearon *apokalupsis* para referirse a la revelación de Cristo en su segunda venida.

El libro de Apocalipsis contiene verdades que han sido encubiertas, pero que ahora se han revelado. Aunque en ningún lugar cita directamente el Antiguo Testamento, doscientos setenta y ocho de sus cuatrocientos cuatro versículos se refieren o aluden a verdades proféticas del Antiguo Testamento, y amplía lo que solo se sugirió inicialmente en el Antiguo Testamento.

El Apocalipsis revela muchas verdades divinas. Advierte a la iglesia del peligro del pecado e instruye sobre la necesidad de santidad. Revela la fuerza que Cristo

y los creyentes poseen para vencer a Satanás. Revela la gloria y majestad de Dios y reseña la adoración reverente que constantemente se rinde ante su trono. El libro de Apocalipsis revela el fin de la historia humana, e incluye la organización política final del mundo, la carrera del anticristo, y la batalla culminante del Armagedón. Revela la gloria venidera del reino terrenal de Cristo durante el reino milenario, el juicio ante el gran trono blanco, y reseña el gozo eterno de los nuevos cielos y la nueva tierra. Revela la victoria definitiva de Jesucristo sobre toda oposición humana y demoníaca. El libro de Apocalipsis describe la derrota definitiva de Satanás y el pecado, y la condición eterna de los malvados (tormento eterno en el infierno) y de los justos (gozo eterno en el cielo). En resumen, es una historia de primera página del futuro del mundo, escrita por alguien que la ha visto toda.

Pero como algo supremo, por encima de todas estas características, el libro de Apocalipsis muestra la majestad y la gloria del Señor Jesucristo. Describe en detalles los acontecimientos relacionados con su Segunda Venida, revelando su gloria que un día resplandecerá tan sorprendente e inequívocamente como un relámpago que centellea en un cielo oscuro (Mt. 24:27).

SU TEMA CENTRAL

de Jesucristo, (1:1b)

Aunque toda la Biblia es revelación de Dios (2 Ti. 3:16), de una manera excepcional el libro de Apocalipsis es la revelación de Jesucristo. Aunque este libro es sin duda la revelación de Jesucristo (cp. 22:16), es también la revelación acerca de Él. Los otros usos del Nuevo Testamento de la frase *apokalupsis Iēsou Christou* (**revelación de Jesucristo**) sugieren que la declaración de Juan en este versículo se entiende mejor en el sentido de revelación acerca de Jesucristo (cp. 1 Co. 1:7; Gá. 1:12; 2 Ts. 1:7; 1 P. 1:7). Los Evangelios son también acerca de Jesucristo, pero lo presentan en su primera venida en humildad; el libro de Apocalipsis lo presenta en su Segunda Venida en exaltación. Cada visión y descripción de Él en Apocalipsis es de majestad, poder y gloria.

La revelación de Cristo comienza en 1:5-20, donde se revela en su majestad. Esos versículos proporcionan también una vista anticipada de la gloria de su Segunda Venida. En los capítulos 2 y 3, como exaltado Señor de la Iglesia, Él exhorta y alienta a su Iglesia. Por último, los capítulos 4-22 proporcionan una mirada detallada a su Segunda Venida; el establecimiento de su reino milenario, durante el cual reinará personalmente en la tierra; y el anuncio de un estado de eternidad.

W. A. Criswell, pastor por mucho tiempo de la Primera Iglesia Bautista de Dallas, dio la siguiente explicación de por qué Cristo debe, no obstante, revelarse en gloria:

La primera vez que nuestro Señor vino a este mundo, vino cubierto de nuestra carne. Su deidad estuvo cubierta con su hombría. Su divinidad ocultada por su humanidad. Solo de cuando en cuando resplandeció su deidad, como en el Monte de la Transfiguración, o en sus obras milagrosas. Pero la mayoría de las veces la gloria, la majestad, la deidad, la maravilla y grandeza del Hijo de Dios, la segunda persona de la santa Trinidad, estuvieron cubiertas. Estos atributos estuvieron cubiertos de carne, de nuestra humanidad. Nació en un establo. Creció en pobreza. Supo lo que era tener hambre y sed. Fue abofeteado, golpeado y lastimado. Fue crucificado y levantado como un criminal ante la mirada burlona de toda la tierra. La última vez que este mundo vio a Jesús fue cuando lo hizo colgando en vergüenza, miseria y angustia en la cruz. Luego apareció a algunos de sus discípulos, pero la última vez que este mundo incrédulo vio a Jesús fue cuando lo hizo como un malhechor, como un criminal, crucificado en una cruz romana. Eso era parte del plan de Dios, parte de la gracia y amor de Dios que son inmensurables e ilimitados. “Por su llaga fuimos nosotros curados”.

Pero entonces, ¿es que todo el mundo siempre debe ver a nuestro Salvador, muriendo con vergüenza en una cruz? ¡No! Es también parte del plan de Dios que un día este mundo blasfemo, incrédulo e impío vea al Hijo de Dios en toda su personalidad, en gloria, en majestad, en toda la maravilla y portento de su divinidad. Entonces todos los hombres mirarán a Él como realmente es. Lo verán sosteniendo en sus manos el título de propiedad del universo, sosteniendo en sus manos la autoridad de toda la creación en el universo sobre nosotros, en el universo que nos rodea, y en el universo debajo de nosotros; sosteniendo este mundo y su destino en sus horadadas y amorosas manos. (*Expository Sermons on Revelation* [Sermones expositivos sobre el Apocalipsis] [Grand Rapids: Zondervan, 1969], 1:16-17)

Incluso un vistazo superficial a través del libro de Apocalipsis muestra que Jesucristo es su tema principal. Él es “el testigo fiel” (1:5); “el primogénito de los muertos” (1:5); “el soberano de los reyes de la tierra” (1:5); “el Alfa y la Omega” (1:8; 21:6); el “que es y que era y que ha de venir” (1:8); “el Todopoderoso” (1:8); “el primero y el postrero” (1:17); “el que vivo” (1:18); “El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro” (2:1); “el que tiene la espada aguda de dos filos” (2:12); “el Hijo de Dios” (2:18); el “que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido” (2:18); el “que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas” (3:1); “el Santo, el Verdadero” (3:7); “el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre” (3:7); “el Amén, el testigo fiel y verdadero” (3:14);

“el principio de la creación de Dios” (3:14); “el León de la tribu de Judá” (5:5); “la raíz de David” (5:5); el Cordero de Dios (p. ej. 5:6; 6:1; 7:9-10; 8:1; 12:11; 13:8; 14:1; 15:3; 17:14; 19:7; 21:9; 22:1); el “Señor, santo y verdadero” (6:10); el llamado “Fiel y Verdadero” (19:11); “El Verbo” (19:13); el “Rey de reyes y Señor de señores” (19:16); Cristo (Mesías), reinando en la tierra con sus santos glorificados (20:6); y “Jesús... la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana” (22:16). El libro de Apocalipsis revela la majestad y gloria del Señor Jesucristo en canción, poesía, simbolismo y profecía. En Él los cielos se abren y sus lectores ven, como vio Esteban (Hch. 7:56), visiones del Hijo de Dios resucitado y glorificado.

SU ORIGEN DIVINO

que Dios le dio (1:1c)

¿En qué sentido es el libro de Apocalipsis algo que el Padre le dio a Jesucristo? Algunos interpretan la frase **que Dios le dio** respecto a las palabras de Jesús en Marcos 13:32: “Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre”. En la humillación de su encarnación, cuando Él “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo” (Fil. 2:7), Jesús limitó el uso independiente de sus atributos divinos. En el libro de Apocalipsis, argumentan los que sostienen este punto de vista, el Padre finalmente le dio a Jesucristo la información que le faltaba en su encarnación y humillación.

Sin embargo, hay dos insuperables dificultades en este punto de vista. La más obvia es que el libro de Apocalipsis en ninguna parte da el día y la hora de la venida de Cristo. Así que no tiene la información que el Padre presuntamente debía revelar al Hijo. Además de eso, el Hijo glorificado que ascendió a los cielos volvió a tener el pleno uso de sus atributos divinos más de medio siglo antes de escribirse el libro de Apocalipsis. Siendo plenamente Dios y omnisciente, no tenía necesidad de que alguien le diera alguna información.

En realidad, el libro de Apocalipsis es el regalo del Padre al Hijo en un sentido mucho más profundo y maravilloso. En recompensa de su servicio perfecto, humilde, fiel y santo, el Padre prometió exaltar al Hijo. Pablo explica:

...Cristo Jesús... siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en

los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Fil. 2:5-11).

La exaltación de Cristo, prometida en los últimos tres versículos (9-11) de ese pasaje, se describe en detalles en el libro de Apocalipsis. Por consiguiente contiene la completa divulgación de la gloria que tendrá Cristo en su venida: la recompensa final de parte del Padre por su fidelidad durante su humillación. La primera señal de la complacencia del Padre con el Hijo obediente fue su resurrección; la segunda fue su ascensión; la tercera fue el envío del Espíritu Santo; y la última fue el regalo del libro de Apocalipsis, que promete y revela la gloria que tendrá Cristo en su segunda venida.

El libro de Apocalipsis detalla la herencia que el Padre dio al Hijo. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de los testamentos humanos, este documento puede leerse, porque no es un documento sellado y privado. Pero no todos tienen el privilegio de comprenderlo, solo aquellos a quienes Dios se le revela por medio de su Espíritu.

SUS DESTINATARIOS HUMANOS

para manifestar a sus siervos, (1:1d)

Para exaltar y glorificar aun más a su Hijo, el Padre ha concedido misericordiosamente, a un grupo especial de personas, el privilegio de comprender las verdades halladas en este libro. Juan describe a esas personas como **sus siervos** [siervos de Cristo]. *Doulois* (**siervos**) literalmente significa “esclavos” (cp. Mt. 22:8; Mr. 13:34). Sin embargo, el *doulos* (siervo) era un tipo especial de esclavo, uno que servía por amor y devoción a su amo. Éxodo 21:5-6 describe a tales esclavos: “Y si el siervo dijere: Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre; entonces su amo lo llevará ante los jueces, y le hará estar junto a la puerta o al poste; y su amo le horadará la oreja con lesna, y será su siervo para siempre”.

Por eso los incrédulos encuentran incomprensible el libro de Apocalipsis; no se escribió para ellos. El Padre lo dio al Hijo para **manifestar** a los que voluntariamente le sirven. Los que no quieren reconocer a Jesucristo como Señor, no pueden aspirar a comprender este libro. “El hombre natural”, explica Pablo, “no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). A sus discípulos, cuando estaba en la tierra, dijo Jesús: “A vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado... Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden” (Mt. 13:11, 13). Los inconversos no pueden entender lo que Jesús quiso decir

cuando estaba enseñando acerca de realidades espirituales presentes. Ni tampoco podían comprender las realidades futuras. La verdad divina está escondida para la sabiduría terrenal. Los incrédulos solo hallan caos y confusión en el libro de Apocalipsis, pero para los **siervos** de Jesucristo, amorosos y dispuestos, este libro es la revelación comprensible de la verdad profética sobre el futuro del mundo.

SU CARÁCTER PROFÉTICO

las cosas que deben suceder pronto; (1:1e)

El énfasis del libro de Apocalipsis en los acontecimientos futuros lo pone aparte de todos los otros libros del Nuevo Testamento. Aunque contienen referencias al futuro, los Evangelios se centran principalmente en la vida y el ministerio terrenal del Señor Jesucristo. Los Hechos narra la historia de la Iglesia desde sus inicios el día de Pentecostés hasta el encarcelamiento en Roma del apóstol Pablo. Las epístolas del Nuevo Testamento, como los Evangelios, contienen vistazos acerca del futuro. Sin embargo, su énfasis primordial es explicar el significado de la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo y aplicarlo a la vida de la iglesia en el presente. Así que los primeros cinco libros del Nuevo Testamento son sobre el pasado, y los próximos veintiuno sobre el presente. El último libro, aunque tiene alguna información acerca del pasado (cap. 1) y del presente (las siete iglesias en los capítulos 2-3; aunque fueron iglesias reales e históricas de los tiempos de Juan, representan los tipos de iglesias que se han hallado durante toda la era de la Iglesia), se centra en el futuro (caps. 4-22).

Como en toda literatura profética, hay un énfasis dual en el libro de Apocalipsis. Refleja a Jesucristo en su gloria futura junto a los santos bienaventurados. También describe el juicio de los que no creyeron en Jesucristo, llevándoles a la condenación a castigo eterno. El comentarista Charles Erdman apunta:

Este es un libro de juicios y de condena. No se encubre ni por un momento la cara oscura del cuadro. Dios es justo. El pecado debe recibir castigo. La impenitencia y la rebelión emanan miseria y derrota. No hay confusión sentimental en lo que respecta a lo bueno y lo malo. No hay una débil tolerancia a la maldad. Hay una mención de “El Cordero que fue inmolado”, pero también de “la ira del Cordero”. Hay un “río limpio de agua de vida”, pero también un “lago de fuego”. Se revela un Dios de amor que ha de morar con los hombres, que enjugará toda lágrima y eliminará la muerte y el sufrimiento y el dolor; pero primero debe someter a sus enemigos. En realidad, Apocalipsis es en gran medida un cuadro del último gran conflicto entre las fuerzas del mal y el poder de Dios. Los colores son vivos y son tomados prestados de las convulsiones de la

naturaleza y de las escenas de la historia humana, con sus batallas y sus matanzas. La batalla es titánica. Incontables hordas de guerreros demoníacos se levantan en contra del que es “Rey de reyes y Señor de señores”. Sobre ellos se pronuncian “ayes”, se derraman “copas” de ira y les visita una destrucción abrumadora. Un brillante día está por venir, pero hay truenos antes del amanecer. (*The Revelation of John* [El Apocalipsis de Juan] [Filadelfia: Westminster, 1966], 12)

Las verdades profundas y apremiantes en el libro de Apocalipsis son, por lo tanto, agri-dulces (cp. 10:9-10).

...**pronto** traduce *tachos*, que puede significar “en breve tiempo” o “rápidamente”. Es cierto que hay innegable brevedad para los acontecimientos futuros narrados en este libro. Los juicios sin precedente e inimaginables que arrasan la tierra lo hacen en un corto tiempo. En solo siete años, el malvado sistema mundial es destruido por la ira de Dios. Aun el reino terrenal de mil años es breve, según lo que Dios tiene establecido (cp. 2 P. 3:8). También es cierto que el arrebatamiento, cuando vuelva Cristo por su Iglesia, tiene lugar “en un instante, en un abrir y cerrar de ojos” (1 Co. 15:52).

Pero ese no es el significado fundamental de *tachos* en este contexto. La idea no es la velocidad con la que Cristo se moverá cuando Él venga, sino la proximidad de su venida. El empleo de *tachos* y las palabras relacionadas en Apocalipsis apoyan la comprensión de su significado aquí como “pronto”. En 2:16, Jesucristo advirtió a la iglesia en Pérgamo que se arrepintiera “pues si no, vendré a ti pronto”, mientras que en 3:11 consoló a la iglesia fiel de Filadelfia al decirle: “Yo vengo pronto”. En el capítulo 11, versículo 14, declara: “El segundo ay pasó; he aquí, el tercer ay viene pronto”. Un ángel le dijo a Juan que “el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto” (22:6). El Señor Jesucristo tres veces declaró: “Vengo pronto” (22:7, 12, 20) y una vez: “Vengo en breve” (3:11), pero todos corresponden a la misma frase en el original. En todos estos casos *tachos* se refiere claramente a la inminencia o cercanía de un suceso, no a la velocidad con la que sucede. Las palabras del grupo de *tachos* se emplean en un sentido similar a lo largo del Nuevo Testamento (p. ej. Hch. 17:15; 25:4; Ro. 16:20; 1 Co. 4:19; Fil. 2:19, 24; 1 Ti. 3:14; 2 Ti. 4:9; He. 13:19, 23; 2 P. 1:14). De esta manera, **las cosas que deben suceder pronto** sobre las que Juan escribió, no suceden en un breve intervalo de tiempo, sino que son inminentes (cp. 1:3; 22:6).

A los creyentes no les corresponde establecer “los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad” (Hch. 1:7), sino que en todo tiempo deben prestar atención a la advertencia de su Señor de que deben velar “porque no [saben] a qué hora ha de venir [su] Señor” (Mt. 24:42). El conocimiento de que

los sucesos descritos en el libro de Apocalipsis van a **suceder pronto** ha motivado y debe motivar a los cristianos a vivir en santidad y obediencia (2 P. 3:14).

SU ENTREGA SOBRENATURAL

y la declaró enviándola por medio de su ángel (1:1f)

El libro de Apocalipsis es excepcional en la literatura del Nuevo Testamento, porque es el único libro **declarado y enviado** a su autor humano por un ángel. En 22:16 Jesús confirmó la verdad enseñada aquí al declarar: “Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias”. Los ángeles participaron al darle el libro de Apocalipsis a Juan tal y como lo hicieron al dar la ley a Moisés (Hch. 7:53; Gá. 3:19; He. 2:2). Los ángeles no solo están implicados en el dar el libro de Apocalipsis a Juan, sino que también tienen una función destacada en las escenas que describe. Los ángeles aparecen en cada capítulo de Apocalipsis, salvo en el 4 y en el 13. Las palabras *ángel* o *ángeles* se emplean setenta y una vez en el libro de Apocalipsis, más que cualquier otro libro de la Biblia. En realidad, una de cada cuatro veces que aparecen en las Escrituras está en el libro de Apocalipsis. Este libro es una fuente importante de información sobre el ministerio de los ángeles.

SU AUTOR HUMANO

a su siervo Juan, que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. (1:1g-2)

El agente humano a quien los mensajeros angelicales comunicaron el libro de Apocalipsis se identifica aquí como **su** [de Cristo] **siervo Juan**. Como se observa en la *Introducción*, este era Juan el apóstol, el hijo de Zebedeo y hermano de Jacobo. Como también se observa en la *Introducción*, Juan escribió el libro de Apocalipsis mientras estaba desterrado en la isla de Patmos (1:9).

La inmensidad de la visión que Juan recibió en esa desértica isla lo dejó perplejo. A lo largo de su Evangelio, Juan nunca se refirió a él mismo. Sin embargo, aquí él acompaña su visión con la frase “Yo Juan” (1:9; 22:8), una exclamación que expresaba su asombro al haber recibido tan abrumadoras visiones.

Como había **dado testimonio** lealmente de la primera venida de Cristo (Jn. 19:35; 21:24; 1 Jn. 1:2; 4:14), así Juan fielmente, bajo la inspiración del Espíritu, dio testimonio **de todas las cosas que [había] visto** respecto a su Segunda Venida. Específicamente, Juan dio testimonio **de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo**. Esas frases vuelven a aparecer juntas en 1:9 (cp. 12:17), y se emplean como sinónimos, ya que “el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía”

(19:10). La **palabra de Dios** expresada en el libro de Apocalipsis es el **testimonio** acerca de la gloria venidera de **Jesucristo** dada a su Iglesia (cp. 22:16) y registrada por su fiel testigo, Juan.

SU BENDICIÓN PROMETIDA

Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; (1:3a)

El libro de Apocalipsis inicia y termina con promesas de bendición (bienaventuranzas, como en Mt. 5:3-12) para quienes lo leen y lo obedecen (cp. 22:7; Lc. 11:28). Pero estas son solo dos de las siete promesas de bendición que contiene el libro; el resto son igualmente maravillosas: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen” (14:13). “He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza” (16:15); “Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero” (19:9); “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección” (20:6); “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad” (22:14).

Los tres verbos traducidos **lee, oyen y guardan** están en tiempo presente. El leer, oír y obedecer las verdades enseñadas en el libro de Apocalipsis (y en el resto de la Biblia) deben ser una forma de vida para los creyentes. El cambio del singular **el que lee** al plural **los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas** describe un culto de la iglesia del primer siglo. Era una práctica común cuando la iglesia se reunía, que una persona leyera las Escrituras en voz alta para que todos oyeran (cp. 1 Ti. 4:13). El doctor Robert L. Thomas explica que “como los materiales para escribir eran caros y escasos, así también lo eran las copias de los libros que formaban parte del *canon* bíblico. Por regla general, una copia por asamblea era lo mejor a lo que se podía aspirar. La lectura pública era el único medio por el que los cristianos que eran personas comunes y corrientes podían conocer el contenido de esos libros” (*Revelation 1-7: An Exegetical Commentary* [Apocalipsis 1-7: Un comentario exegético] [Chicago: Moody, 1992], 60). Como solamente las Escrituras debían leerse públicamente, para Juan su “intención obvia de que el Apocalipsis debía leerse públicamente, ofreció un argumento convincente desde el principio de que debía incluirse entre esos libros que con el tiempo serían reconocidos como parte del *canon* neotestamentario” (Thomas, *Revelation 1-7* [Apocalipsis 1-7], 62-63).

El libro de Apocalipsis es la palabra final de Dios al hombre, la culminación de la revelación divina. Su escrito marca la conclusión del *canon* bíblico (cp.

22:18-19), y su alcance abarca el futuro completo de la historia de la redención (1:19). Por lo tanto, es imprescindible que los creyentes presten diligente atención a las verdades que contiene.

SU URGENCIA APREMIANTE

porque el tiempo está cerca. (1:3b)

Esta frase reitera la verdad que se enseñó en 1:1, que los sucesos narrados en el libro de Apocalipsis son inminentes; **tiempo** no traduce *chronos*, que se refiere al tiempo en un reloj o calendario, sino *kairos*, que se refiere a estaciones, épocas o eras. La próxima gran era de la historia de la redención de Dios está **cerca**.

Que la venida de Cristo es inminente, el próximo acontecimiento en el calendario profético de Dios, ha sido siempre la esperanza de la Iglesia. Jesús les ordenó a sus discípulos que velaran expectantes por su venida:

Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles. Y aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, si los hallare así, bienaventurados son aquellos siervos. Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón había de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa. Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá (Lc. 12:35-40).

“La noche está avanzada”, escribió Pablo a los romanos, “y se acerca el día” (Ro. 13:12). El apóstol pensaba que él pudiera estar vivo cuando volviera el Señor, como lo indica el empleo del pronombre plural en pasajes como 1 Corintios 15:51-58 y 1 Tesalonicenses 4:15-18. El escritor de Hebreos exhortó a sus lectores a que se alentaran los unos a los otros “tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (He. 10:25). Santiago anima a los creyentes que luchan con la realidad de que la venida de Cristo era inminente: “Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor... Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca... He aquí, el juez está delante de la puerta” (Stg. 5:7-9). “El fin de todas las cosas se acerca”, les recordó Pedro a sus lectores (1 P. 4:7), mientras que en 1 Juan 2:18 el apóstol Juan añadió: “Hijitos, ya es el último tiempo”.

A pesar del escepticismo de los que se burlan y exigen: “¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en el que los padres durmieron,

todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación” (2 P. 3:4), el Señor Jesucristo volverá. Y su venida está **cerca**.

SU BENDICIÓN TRINITARIA

Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. (1:4-5a)

A diferencia de las cartas modernas, en las que los remitentes ponen su nombre al final de la carta, las cartas antiguas acertadamente ponían el nombre de sus escritores al principio. Así que **Juan** se identifica como el escritor y menciona **las siete iglesias** (relacionadas en 1:11) **que están** en la provincia romana de **Asia** (la moderna Turquía) como los destinatarios. **Gracia y paz a vosotros** eran un saludo acostumbrado en las cartas del Nuevo Testamento (cp. Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3; Ef. 1:2; Fil. 1:2; Col. 1:2; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:2; Flm. 3), pero este saludo presenta una bendición de la gloriosa Trinidad (cp. 2 Co. 13:14).

La frase **del que era y que ha de venir** identifica a la primera persona de la Trinidad, Dios el Padre, descrito aquí en términos antropomórficos. Como es la única manera que podemos entender, la triple descripción (cp. 1:8; 4:8) ve a Dios en dimensiones de tiempo (pasado, presente y futuro), aunque Él es eterno. El eterno Dios es la fuente de todas las bendiciones de la salvación, toda gracia, y toda paz.

...los siete espíritus que están delante de su trono se refiere al Espíritu Santo. Es obvio que hay un solo Espíritu Santo; el número **siete** lo describe en su plenitud (cp. 5:6; Is. 11:2; Zac. 4:1-10). El Espíritu Santo en toda su gloria y plenitud envía gracia y paz a los creyentes; Él es el espíritu de gracia (He. 10:29) y produce paz en la vida de los creyentes (Gá. 5:22). Aquí se ve en la gloria de su lugar en la presencia del Padre en el cielo.

Gracia y paz también fluyen **de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra**. Él también se ve en la gloria de su exaltación. Es apropiado que Juan mencione a Cristo al final, y dé una completa descripción de Él, ya que es el tema del libro de Apocalipsis. Un **fiel testigo** es alguien que siempre dice y representa la verdad, y esto sin duda caracteriza al Señor Jesucristo. Él fue un perfecto testigo para la naturaleza de Dios. Apocalipsis 3:14 lo llama “el Amén, el testigo fiel y verdadero”. “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad” (Jn. 18:37). Jesucristo, el testigo fiel que no puede mentir y que vivió y habló perfectamente la voluntad de Dios, promete a los creyentes salvación, gracia y paz.

La segunda descripción de Jesucristo, **el primogénito de los muertos**, no

significa que Él fuera cronológicamente el primero en resucitar de los muertos. Hubo resurrecciones antes de la suya en el Antiguo Testamento (1 R. 17:17-23; 2 R. 4:32-36; 13:20-21), y Él mismo resucitó a otros durante su ministerio terrenal (Mt. 9:23-25; Lc. 7:11-15; Jn. 11:30-44). *Prōtotokos* no significa **primogénito** en secuencia de tiempo, sino más bien primero en preeminencia. De todos los que han resucitado y resucitarán, Él es el más importante. Dios habla del Mesías en el Salmo 89:27: “Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra”. El libro de Apocalipsis registra el cumplimiento de esa promesa.

El tercer título, **el soberano de los reyes de la tierra**, describe a Cristo como soberano absoluto sobre los asuntos de este mundo, del cual ostenta el título de propiedad (cp. 5:1ss). Se enseña varias veces en las Escrituras que Jesucristo es el Rey soberano de la tierra (p. ej. 19:16; Sal. 2:6-8; Jer. 23:5; Zac. 9:9; Mt. 2:2; 21:5; Lc. 19:38; 23:3; Jn. 1:49). Él es Señor y tiene un nombre que es “sobre todo nombre” (Fil. 2:9-11), quien, de acuerdo con el plan del Padre y la obra del Espíritu, otorga a los creyentes su real bendición de gracia y paz.

SU SUBLIME DOXOLOGÍA

Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. (1:5b-6)

La obra de Cristo a favor de los creyentes hizo que Juan prorrumiera en una inspirada doxología de alabanza a Él. En el presente, Cristo ama a los creyentes con un amor inquebrantable (Ro. 8:35-39). La más grande expresión de ese amor llegó cuando **nos lavó de nuestros pecados con su sangre**, una alusión a la expiación provista por su muerte por nosotros en la cruz.

Aquí está el corazón del evangelio. Los pecadores reciben el perdón de Dios, son librados del pecado, la muerte y el infierno, por el sacrificio de Jesucristo en la cruz. Dios lo hizo nuestro sustituto, llevándolo a la muerte por nuestros pecados, de modo que Él pagara plenamente por nuestra culpa. La justicia de Dios se satisfizo y Dios fue capaz entonces de conceder justicia a los pecadores arrepentidos por quienes Cristo murió.

También el amor de Cristo lo llevó a hacernos **reyes** (no del reino milenario, sino del campo de acción del gobierno de Dios en el que los creyentes entran en la salvación; cp. Col. 1:13) y disfrutamos de su amoroso y misericordioso gobierno y de su todopoderosa y soberana protección. Por último, nos hizo **sacerdotes para Dios, su Padre**, dándonos el privilegio de tener acceso directo al Padre (cp. 1 P. 2:9-10).

Juan termina su doxología con la única respuesta apropiada a la luz de la magnitud de las bendiciones que Cristo ha dado a los creyentes: **...a él sea**

gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. Esta debe ser la respuesta de todo el que lea este maravilloso libro en el que se presenta con toda claridad esa gloria y ese imperio futuro.